



★
REGIÓN DE VALPARAÍSO

Joaquín y Eluney

Joaquín Eduardo Valencia Silva

En los pies de la cordillera, bajo un cielo celeste donde se pueden ver las estrellas, rodeado por un río que clama en lo más profundo de su ser, sentir nuevamente el caudal de sus aguas, se encuentra un pequeño pueblo llamado Chicolco. Su nombre significa agua de chicol, eso quiere decir que nuestros antepasados vivieron rodeados de agua cristalina proveniente de nuestra majestuosa cordillera, gracias a nuestra madre tierra.

En el pueblo vive un niño llamado Joaquín, a quien le gusta disfrutar de la vida campestre rodeado de naturaleza y animales de la zona. Joaquín despierta por las mañanas con el cantar de los pajaritos que duermen en la higuera del patio de su casa.

Un día, Joaquín escuchó a su abuelo hablar sobre los guanacos; el niño se interesó tanto por estos animales, que quiso conocerlos, y trató de preguntar a quien supiera respecto de estos animales.

Fue así como en una ocasión en la que fue a buscar leña para abrigar los fríos días de invierno, con su padre y abuelo se adentraron en unos cerros lejanos en el interior de Chicolco, y descubrieron una manada de guanacos alimentándose de pasto. Sorprendidos de lo tan cerca que estaban de esta manada, se quedaron en silencio a contemplar el actuar de estos bellos animales.

Joaquín quiso seguir contemplando a estos animales, fue así como continuó yendo de excursión al cerro y se sentaba tardes enteras a mirar las manadas de guanacos. Un día pudo acercarse un poco más cerca de una cría de guanaco; sus miradas se cruzaron y el niño sentía que el animal algo quería decirle, tenía una mirada tierna pero a su vez un poco temerosa. Con el pasar de los días, siempre se conectaban a través de los ojos, hasta que un día el niño pudo sentir palabras en su cabeza, y pensó: «Creo que el silencio de la naturaleza me está haciendo escuchar cosas que no son».

Un día pasó algo inexplicable: el niño pudo sentir al despertar muchos saludos de «Buenos días»; increíblemente, eran los pajaritos que dormían en su higuera. Al pasar de los días, descubrió que no solo podía oír a los pajaritos, sino que también a otros animales: su perro llamado Huasito, le pedía agua y comida durante el día y también a veces que le rascara la panza; un gato que ronroneaba cerca de su casa le pedía que le lanzara un ovillo de lana para jugar y pasar su día, y así con cada animal que se encontraba podía saber lo que le pasaba.

Una tarde volvió al cerro a contemplar la manada de guanacos, pero lamentablemente no los encontró en el mismo lugar de siempre. Se armó de valor y se adentró unos kilómetros más al interior de los cerros, llegando cerca de la cordillera buscando a esos animales.

Gracias a su valentía logró ver a lo lejos el nuevo lugar donde se posaba la manada. Siguió caminando y encontró a la cría de guanaco con la que había tenido cercanía la última vez que fue a contemplar la manada; Joaquín supo inmediatamente que la cría quería decirle algo y se acercó, así comenzó un diálogo entre ellos:

—Hola niño, esperaba que vinieras.

—¡Hola! Me demoré, porque no los encontré en el mismo lugar de siempre; me llamo Joaquín, ¿y tú?

—Me llamo Eluney, que significa regalo del cielo.

—No sabía que los nombres tienen significado, ¿no sé qué significa el mío y ni siquiera sé si significa algo!

—Yo sé, porque mi mamá me contaba muchas historias antes de dormir, entre esas, el significado de los nombres de los integrantes de nuestra familia.

—¿Te contaba?, ¿acaso ya no te cuenta?...

—Lo que pasa es que hace un par de semanas, estábamos cerca del cordón de Alicahue y sentimos unos ruidos muy fuertes, espantando a la manada. Todos nos asustamos y corrimos sin parar; yo me perdí entre los demás guanacos. Cuando pudimos descansar y ya no se sentían esos molestos ruidos, busqué a mi mamá; ella estaba tirada en el suelo y desde su pierna brotaba un líquido rojo; no sabíamos qué era y mi mamá se quedó profundamente dormida y aún no despierta. Yo tuve que seguir a la manada o si no me tendría que haber quedado solo a su lado.

—Qué triste, ¿y ahora quién te cuida?

—El resto de la manada... y mi papá, pero él está muy ocupado dirigiendo a la manada y atento a esos molestos ruidos que dejaron a mi mamá durmiendo hasta ahora.

—Eluney, tengo que decirte que esos molestos ruidos fueron disparos.

—¿Qué son disparos?

—¡Salen de armas que usan los hombres para cazar animales!

El guanaco, con voz temblorosa y alejándose de Joaquín, le dijo:

—¡Tú eres un hombre, es por eso que vienes a observarnos siempre!, ¿qué quieres de nosotros?

—No te asustes, solo soy un niño interesado en conocer a los guanacos, es por eso que vengo siempre. Ahora es tarde, me tengo que ir; otro día volveré.

Con días y el tiempo, Joaquín y Eluney se convirtieron en amigos y también en adultos; Joaquín visitaba siempre a su amigo.

Ambos construyeron una amistad muy importante, haciendo que Joaquín se convirtiera en un hombre protector de los guanacos. Fue así como podía alertar a la manada ante cualquier peligro, principalmente de los cazadores furtivos y ambiciosos que los perseguían.

Un día, Joaquín se encontró con una triste noticia cuando visitó a la manada: Eluney no lo recibió muy alegre, y le dijo que le habían disparado a su padre, y que no contentos con eso, los cazadores se lo llevaron; los guanacos no pudieron hacer nada, solo correr y escapar de los hombres que traían armas.

Fue entonces cuando Eluney, con tristeza en su corazón, tuvo que asumir el cargo de jefe de la manada.

Joaquín se sintió muy triste, ya que no pudo hacer nada para impedir la muerte del padre de Eluney, no pudo advertirles de esa cacería. Luego se enteró de que eran hombres de otro pueblo los que habían atacado a la manada.

Esta triste noticia hizo que Joaquín se convirtiera en el primer protector de la vida silvestre de Chincolco. Formó un grupo de protectores de la vida animal y de la naturaleza, educando al pueblo y a futuras generaciones, con el único objetivo de proteger a los animales en peligro de extinción.

Pasaron los años, Joaquín y Eluney envejecieron juntos, y su conexión fue tan profunda que logró dejar huella en el pueblo de Chincolco.

Joaquín Eduardo Valencia Silva
9 años
Petorca
Segundo lugar regional